



¿Culpable O Perdonado?

Frances Parr

¿Quién de nosotros no sufre a veces de sentimientos de culpa? A menudo, conocidos, amigos y fami-

lia nos dan razones para sentirnos culpables. La gente espera cosas de nosotros que no podemos o no que-

LA VIDA CRISTIANA COTIDIANA

remos realizar. A veces los vendedores usan la culpa para poder vender sus productos — “¿No te importa la educación de tu hijo?” — para llevarte a comprar una serie de libros muy caros.

Los cristianos en especial tienen la tendencia a sentirse culpable. Muchos han vivido antes vidas de las cuales no se sienten orgullosos. Aún quienes se esfuerzan mucho por vivir una vida cristiana se sienten tentados a hacer cosas que no son agradables a Dios.

El diccionario define la culpa como el hecho de sentirse responsable por un acto vergonzoso. También es el remordimiento consciente de haber hecho algo malo.

Es cierto que nadie que ha vivido unos cuantos años se ha librado de cometer errores. Es la naturaleza humana. Para la gente que intenta agradar a Dios, la culpa es una respuesta natural.

El mundo ha establecido estándares para lo que está bien y lo que está mal, con variados grados de seriedad. Por ejemplo, asesinar a otro ser humano es una transgresión grande, castigada con la muerte. Decir una mentira “blanca” no es algo serio, y a veces hasta es gracioso. En el antiguo lejano oeste de América, robar ganado era una ofensa de muerte; y disparar a un hombre que estaba haciendo trampas jugando a las cartas era conside-

rado su justa recompensa.

Dios mira el pecado de manera distinta. Los pecados no son grandes o pequeños, sino que todos son abominables a El. En Romanos 1:29,30, Pablo incluye en la lista la desobediencia a los padres, el orgullo y la altivez en el mismo nivel que el asesinato y el aborrecer a Dios. Salomón, el hombre más sabio de la tierra, dijo en Proverbios 6:16,17, “*Seis cosas aborrece Jehová, Y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, la lengua mentirosa, Las manos derramadoras de sangre inocente, El corazón que maquina pensamientos inicuos, Los pies presurosos para correr al mal, El testigo falso que habla mentiras, Y el que siembra discordia entre hermanos.*”

Sin embargo, a pesar de Sus sentimientos, Dios perdona. En el sermón en el día de Pentecostés, Pedro le dice a las multitudes reunidas en Jerusalén que Dios había enviado al Salvador tan esperado. La gente no reconoció a Jesús como tal y lo mataron. Imagina haber matado al Hijo de Dios, ¡el Mismo que había venido a salvarlos! Visualiza el total terror y desaliento cuando la verdad de esa noticia los condenó. Inmediatamente preguntaron, “¿*Qué haremos?*” Ciertamente hubiera parecido una situación sin esperanzas. “*Arrepentíos y sed bautizados, y serán perdonados.*”

LA VIDA CRISTIANA COTIDIANA

dos," respondió Pedro. Ante tan terrible ofensa, una solución tan simple.

Saulo de Tarso iba buscando cristianos y arrojando a familias enteras en la prisión y asesinando a otros. El dijo de sí mismo, *"yo soy el primero de los pecadores"* (1 Timoteo 1:15). Sin embargo, Dios lo tomó y lo perdonó, y lo convirtió en uno de los más poderosos predicadores y escritores que el mundo ha conocido. En vez de hundirse en la culpa, Saulo (luego llamado Pablo) dice en Filipenses 3:13,14, *"...una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús."*

Los sentimientos de culpa son útiles sólo cuando nos inspiran a corregirnos para que podamos seguir adelante con la vida. Alimentar esos sentimientos, cuando han sido perdonados y han quedado en el pasado, no sólo no es productivo, sino que también causa daño físico y nos hace ineficientes en nuestras vidas cristianas.

Santiago 3:2 dice, *"Porque todos ofendemos muchas veces."* Dios sabía que lo haríamos, y antes de crear al primer hombre, ya había creado un plan para la redención. Con pocas excepciones, cada historia personal mencionada en la Biblia

incluye cosas que el individuo hizo que no fueron agradables a Dios. Los que se arrepintieron y pidieron el perdón de Dios, lo recibieron.

David fue consumido por el dolor y el remordimiento cuando el hijo de su relación adúltera con Betsabé murió. Mientras todavía había esperanzas, él oró e hizo ayuno. Cuando murió el niño, se levantó, se cambió de ropa, y alabó a Dios. Cuando se le cuestionó este comportamiento, él explicó, *"Mas ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí"* (2 Samuel 12:23). El había hecho todo lo que se podía hacer.

Así como Dios perdonó a la gente en el día de Pentecostés por haber asesinado a Su Hijo, El perdonará cualquier cosa que tú y yo hayamos hecho. Después de nuestra aceptación inicial de Jesús, sólo tenemos que arrepentirnos y pedir el perdón de Dios. La gracia de Dios nos cubre, y El se olvida de que alguna vez hayamos hecho lo que hicimos. ¿Por qué hemos de cargar nuestras mentes por algo que Dios ha olvidado por completo?

Entonces, que seamos imitadores de Pablo, olvidando lo que queda en el pasado y extendiéndonos hacia la meta, ¡la vida eterna con El!



Frances Parr es escritora cristiana y vive en Eldon, Missouri, EE.UU.